

Entre historia de vida y trayectorias sociales. Una reflexión desde la Sociología Clínica de Vincent de Gaulejac.

Mariano Salomone

msalomone@mendoza-conicet.gob.ar

INCIHUSA, CONICET, CCT-Mendoza

Fabiana Grasselli

fhebeg@hotmail.com

INCIHUSA, CONICET, CCT Mendoza

Introducción

La historia de vida ha sido una herramienta metodológica de la sociología desde hace ya largo tiempo. Desde una mirada más amplia ha sabido ganar lugar en el campo de las ciencias sociales, donde los métodos etnográficos son compartidos por diferentes disciplinas. Esa legitimidad de la aproximación biográfica se sustenta sin dudas en el hecho de que permite rebasar cierto número de callejones sin salida a los que se enfrenta reiteradamente la producción de conocimiento en las ciencias sociales: la oposición individuo/sociedad; la necesidad de escapar a la norma estadística; la dialéctica entre lo universal y lo singular; el reconocer en el saber individual un valor sociológico, lo cual tiende a constituir al "objeto" (los sujetos) en coparticipantes de la investigación social, aunque no sea en términos de igualdad sino que el vínculo incluya relaciones de poder.

En esa línea, la ponencia procura explorar críticamente la propuesta teórico-metodológica de la llamada Sociología Clínica, disciplina que ha estado en

construcción desde fines de los '70 con sede principalmente en Francia. Actualmente se ha convertido en una corriente reconocida dentro del campo de la sociología, reuniendo investigadores/as de unos quince países diferentes, entre los que se incluyen algunos de América Latina. En continuidad con la psicología francesa (Pagès, Palmade, Enriquez), esta perspectiva asume dentro del campo de las ciencias sociales el interés por una mirada que articule el individuo y la dinámica social. En tal sentido, en las instituciones académicas ha estado ligada a la preocupación por romper los límites que imponen a la comprensión de los procesos psicosociales las barreras disciplinarias y las identidades profesionales en espacios universitarios. Ese desarrollo muestra una expectativa compartida entre quienes se inscriben en esta perspectiva metodológica: un rechazo de las segmentaciones disciplinarias, una crítica del objetivismo, la necesidad de tomar en cuenta el registro existencial y de articular la investigación, con la intervención y la implicación.

Dentro de dicha corriente, en este trabajo tomamos el pensamiento de una de sus referencias más reconocidas, el pensamiento de Vincent De Gaulejac, cuya obra ha sido recientemente traducida al español. A partir de una fructífera articulación entre psicoanálisis y sociología el autor propone que la aproximación biográfica permite comprender las prácticas sociales a través del vínculo entre novela familiar y trayectorias sociales. La hipótesis central que fundamenta esta propuesta metodológica es pensar al individuo como producto de una historia en la cual busca devenir el sujeto.

Etimológicamente "clínica" proviene de klinico en griego, que significa "observar cerca de la cama del paciente". El uso que se le ha dado en las ciencias sociales implica aproximarse a los actores, tomar en cuenta lo que viven y se representan acerca de su propia existencia. Así, en resonancia con el resto de las propuestas metodológicas que toman en cuenta "la perspectiva del actor", la Sociología Clínica se construye sobre la escucha, el saber de la experiencia y la consideración del conocimiento que los/las actores/as tienen de su mundo social. En este sentido, en este trabajo hemos explorado críticamente los aportes teórico-epistemológicos que realiza la llamada "Sociología Clínica" al campo de las ciencias sociales, a través del pensamiento de Vincent De Gaulejac; a la vez que se ha procurado realizar un recorrido crítico de esos planteos conceptuales poniéndolos en

diálogo con otros desarrollos teóricos que se han ocupado de ese campo de problemas.

En la primera parte de nuestro trabajo abordamos la mirada del autor sobre el vínculo entre individuo y sociedad señalando las dificultades conceptuales que supone algunos de sus aportes, como la idea de una "neurosis de clase". En este sentido, advertimos en los textos de De Gaulejac la ausencia de una definición de clase social en la que se precise el modo en que el proceso social se despliega en las formaciones sociales, y por otra parte, la presencia dominante de un sentido topológico en la noción de clase. Estas dificultades derivan en ciertas limitaciones de la Sociología Clínica para comprender algunas dinámicas implicadas en las múltiples contradicciones que emergen en los conflictos sociales y psicológicos de los sujetos.

En la segunda parte procuramos reflexionar sobre el nudo problemático constituido por la articulación entre las categorías de experiencia, historia social y relato de vida. Se señala que si bien el autor incluye en su desarrollo conceptual las tensiones que atraviesan el complejo nudo entre experiencia y relato, se observa cierta simplificación en sus teorizaciones sobre la complejidad que supone la puesta en el orden del lenguaje de lo experimentado. En este sentido se ha buscado incorporar a la lectura categorizaciones provenientes del análisis social de los discursos para iluminar el problema que supone la relación entre lo dicho y las condiciones de enunciabilidad, es decir, lo que es experimentado de modo complejo, imbricado y multidimensional, y las posibilidades del decir en una situación histórica.

No obstante estos señalamientos, consideramos que, dada la relevancia que adquirieron las historias de vida en los últimos años la perspectiva que abre la Sociología Clínica puede realizar un aporte al debate actual dentro de las ciencias sociales, habida cuenta de que asume un punto de vista cuyo núcleo teórico resulta un elemento fundamental para el trabajo sociológico: el cuestionamiento insistente a la fragmentación de la totalidad social que se impone tanto desde los determinismos historicistas como desde las explicaciones psicologistas. De Gaulejac asume la hipótesis según la cual las contradicciones sociales atraviesan las historias familiares y personales: la sociedad y la familia canalizan deseos, imponen prohibiciones, proponen ideales colectivos, modelos de identificación y sistema de valores y normas. En conveniente entonces, salir de la segmentación y de la yuxtaposición

disciplinaria. En efecto, el esfuerzo teórico de esta propuesta por introducir una mirada transdisciplinaria dedicada a comprender la imbricación compleja entre individuo y sociedad da cuenta de un modo de aproximación a lo humano que atiende a una dialéctica entre el sujeto como producto sociohistórico y como productor de la historia. En palabras del autor, se trata de la distinción entre historia e historicidad.

1. El sujeto, entre la historia y la historicidad

El interrogante que organiza el enfoque de la Sociología Clínica gira alrededor del vínculo entre lo individual y lo colectivo. La respuesta que De Gaulejac ensaya a dicha cuestión, tiene como telón de fondo la siguiente hipótesis: el individuo es el producto social de una historia de la cual busca devenir sujeto (De Gaulejac, Rodríguez Marquez y Taracena Ruiz, 2013: 13-14). De allí que, en tanto proyecto de investigación, la sociología clínica asuma como tarea central acompañar ese proceso de emergencia y constitución del sujeto. Se trata entonces de un esfuerzo por comprender los mecanismos que determinan los destinos individuales y colectivos. Así, los conflictos existenciales del sujeto se reinscriben en las estructuras mismas del campo histórico-social.

Bajo esa perspectiva, la aproximación biográfica permite salir de la falsa oposición entre subjetividad (en referencia a lo personal) y objetividad (entendida como regularidades empíricas de lo social). Lo que el autor llama "neurosis de clase", especifica un conflicto que emerge de la articulación entre la historia personal, la familiar y la historia social de las personas. Procura pensar en qué medida la historia actúa en la producción de un individuo, cuáles son las mediaciones por las cuales se pasa de la historia social a la personal, cómo las contradicciones sociales pueden producir conflictos psicológicos.

En efecto, podemos decir que la sociología clínica construye su objeto en una doble dirección: por un lado, comprender que el individuo es producido por la historia, su identidad se construye (la *determinación* social); por el otro, poder reconocer que el individuo es también un actor de la historia, es productor de ella (la cuestión de la *agencia*). Esa mirada encaminada a poder reconocer la dialéctica entre

sujeto e historia es central en el pensamiento de Vincent de Gaulejac. Su planteo, entonces, conduce a cuestionar la clásica oposición entre los enfoques psicológicos y sociológicos, una oposición dilemática que comúnmente conducía a imponer una división disciplinar entre dos escenarios que eran considerados independientes: un escenario "interior" (referido a los afectos, fantasías, emociones, representaciones bajo los que se constituía el sujeto) y un escenarios "exterior" (donde se juega la lucha de clases, las relaciones económicas, culturales, etc.). Veamos.

En primer lugar, se trata de comprender al individuo como producto de la historia, esto es, en qué forma la historia individual está socialmente determinada. Bajo esta dimensión, se hacen presentes los lazos que insertan al individuo en una red relacional ligada al tejido familiar y social: la biografía de una persona está marcada por los conflictos de la historia familiar y, a su vez, se encuentra también atravesada por las contradicciones de la historia social.

El individuo es, en sus comienzos, un heredero. El empleo que ocupa, los estudios que 'elije', el cónyuge con quien se casa, el lugar que habita, el modo de vida que lo caracteriza, las ideologías que defiende, etc., son el producto de su experiencia biográfica que se inscribe dentro de la 'sucesión'. Es en este sentido que la historia permite comprender de qué modo cada uno de nosotros es llamado a ocupar tal o cual posición social. *Lo que llamamos el 'destino' no es sino la expresión de lo que nos ha sido destinado por aquellos que nos precedieron* (De Gaulejac, 2013: 36).

La propuesta no se encuentra demasiado lejos de la conocida noción de *habitus* trabajada por Pierre Bourdieu, en tanto coloca como cuestión central el trabajo de *incorporación* del entramado social que debe realizar cada individuo. "Cuando Bourdieu habla de incorporación de la historia, se refiere al trabajo de inculcación y de interiorización que hace que el *habitus* forme parte integrante del individuo" (De Gaulejac, 2013: 37). Los *habitus* son una especie de "programas históricamente programados" que le indican al sujeto las maneras de ser y de comportarse en situaciones sociales. Ese proceso de incorporación es inconsciente, en la medida en que las condiciones sociales de producción de *habitus* son ocultadas, olvidadas. Así, los *habitus* incorporados son percibidos como naturales, como algo innato: según nuestro autor, el inconsciente no es más que el olvido de la historia que la historia misma produce. En tal sentido, en este punto se destaca el peso de la historia en la construcción de la identidad, es decir, la individualidad como resultado

del conjunto de prácticas que se han constituido a lo largo del tiempo y que se transmiten de generación en generación. Debemos dar cuenta del trabajo de incorporación (interiorización) de lo social y cultural bajo el cual se construye todo sujeto, aquello por lo cual podemos hablar del individuo como cuerpo socializado: "Los comportamientos, las actitudes, las cualidades, los sentimientos son disposiciones que explican la manera en que lo colectivo está depositado en cada individuo" (De Gaulejac, 2002: 52).

Ahora bien, en segundo lugar, se trata de reconocer al individuo también como actor de su historia, lo que el autor llama su *historicidad*: la capacidad para intervenir en su propio destino, lo cual supone un movimiento entre lo que fue, lo que es y lo que puede llegar a ser. Si el individuo no puede concebirse fuera de los habitus que lo constituyen como tal y que determinan sus prácticas sociales, no podemos sin embargo reducirlo a esta dimensión de su identidad. Para De Gaulejac, algo en la psique del individuo resulta "*irreductible*" al conjunto de determinaciones sociales y procesos de socialización que lo constituyen (De Gaulejac, 2002). La historicidad vendría a ser esa posibilidad que tiene cada individuo de actuar sobre sí mismo, de operar un trabajo sobre lo que es para convertirse en sujeto, creando situaciones nuevas o inéditas, más allá de las regularidades objetivas que determinan sus probabilidades de vida: llegar a ser otra cosa que lo que se suponía que debía ser. Poder tomar distancia con relación a su historia, abandonar habitus impropios y adquirir otros para afrontar nuevas situaciones, esta es la función de historicidad.

1.1. *Ubicación y desplazamiento: los conflictos de identidad*

La sociología clínica es un esfuerzo por pensar de manera compleja dimensiones que en la teoría social hemos estado acostumbrados a pensar por separado, como por ejemplo las relaciones entre sujeto e historia, entre subjetividad y objetividad, entre lo personal y lo colectivo. Estos entrecruces se ponen en juego a la hora de analizar los conflictos de identidad relacionados con la movilidad social, en los cuales se produce un desajuste entre los habitus de los individuos y el lugar que ocupan en la sociedad. Se trata de conflictos vivenciados por sujetos que se han visto confrontados a un cambio de clase social y experimentan un conflicto entre su

identidad heredada y su identidad adquirida. Lo que De Gaulejac denomina neurosis de clase, define las principales características de los conflictos psicológicos vinculados al desclasamiento social.

El problema del desplazamiento social está vinculado fundamentalmente al desarrollo del individualismo en las sociedades modernas. Puesto que la posibilidad de cambiar de lugar es un fenómeno inconcebible en las sociedades tradicionales o de tipo holístico (De Gaulejac, 2013: 57-58). A diferencia de las sociedades modernas, las tradicionales se caracterizaban por un orden que asigna un lugar determinado a cada individuo y organiza a priori a la trayectoria de cada uno. Debido a su estructura jerarquizada y relativamente fija, en ellas no puede producirse un distanciamiento entre el lugar que un individuo ocupa y la relación subjetiva con su posición, así como tampoco puede concebirse un pasado o un futuro distantes del presente. Contrariamente, el avance del individualismo valoriza la evolución individual, la relación contractual entre los individuos, los valores de igualdad y libertad. De allí que a esas condiciones sea correlativo el desarrollo de una mayor *movilidad social*: la aparición del individuo como ser psicológico independiente de la muestra humana, como sujeto capaz de distanciamiento con relación a su estatus dentro de la comunidad.

Los lugares ya no se atribuyen de una vez y para siempre. Aún cuando la lógica de la reproducción siga imponiendo sus efectos, el grupo social de pertenencia ya no es el que decide las alianzas, la división del trabajo, ni la adhesión a un sistema de valores: el individuo es llevado a posicionarse individualmente. De hecho, "nuestra sociedad se caracteriza por una contradicción central entre el desarrollo de la socialización y el de la individualización" (De Gaulejac, 2013: 64). Por un lado, una mayor interdependencia social, la aparición de redes cada vez más complejas de producción, de consumo, comunicación, asistencia, circulación, etc. que organizan la vida social y configuran sus hábitos. Por el otro, una autonomía de la persona con respecto a su inserción social de origen, que la confronta con las redes sociales para evitar el aislamiento. El posicionamiento se convierte así en un desafío existencial que determina las decisiones y elecciones afectivas, profesionales e ideológicas. Más aún, los individuos participan de diferentes organizaciones y pertenecen a distintos espacios sociales ocupando una multiplicidad de lugares, a los que corresponden

estatus y roles diversificados: esta *multiubicación* tiene por efecto acrecentar las dificultades de la clasificación (De Gaulejac, 2013: 66).

La novedad radica en la capacidad/necesidad de ocupar varios lugares, ya sea en el transcurso de su trayectoria socioprofesional (en la diacronía) o en un momento dado de su vida (en sincronía). A esta pluralidad de posiciones corresponde una identidad multidimensional constituida por identificaciones múltiples y diferenciadas, roles diversificados, pertenencias (sociales, institucionales, culturales, simbólicas, etc.) heterogéneas y habitus variables (De Gaulejac: 68).

En efecto, el habitus en tanto sistema de disposición coherente se ve cada vez más cuestionado a medida que aumenta la movilidad social: los individuos tienden a estar atravesados por conflictos de habitus, pues la multiplicidad de las ubicaciones los conduce a incorporar habitus diversificados y a veces contradictorios. La multiubicación y el continuo desplazamiento al que se ven enfrentados hoy los individuos, muestra que la separación entre posiciones objetivas y subjetivas que esos desplazamientos producen introduce una distancia entre el lugar y la relación al lugar: "En ese distanciamiento es donde el individuo es llevado a hacer un trabajo de ajuste/desajuste, de desterritorialización/reterritorialización, de identificación/desidentificación, de idealización/desidealización, etc. (...)" (De Gaulejac, 2013: 69).

Uno de los ejemplos que presenta De Gaulejac intenta ilustrar los conflictos de identidad que caracteriza a la neurosis de clase. Se trata del caso de François, un joven ingeniero de 28 años que siendo de familia obrera ha llegado a ser ejecutivo, es uno de los ejemplos que trabaja el autor para ilustrar de qué manera las contradicciones sociales vienen a reflejarse en un conflicto psicológico que provoca una neurosis de clase. François es hijo de un obrero que ha sido militante del Partido Comunista y de la CGT durante 40 años, quien le ha inculcado, por un lado, el "odio a los financistas y los burgueses incapaces" y, por otra parte, la "admiración por las personas inteligentes que llegan al poder". Se trata de una familia de clase obrera investida del deseo de cambiar el orden a través de la lucha de clases, deseando para sus hijos otro lugar en ese orden. François podrá finalizar sus estudios en el "Politécnico" (institución prestigiosa) a partir de que desposa a una muchacha de la burguesía con quien tendrá a su vez un hijo. De Gaulejac relata cómo François vive ese doble mensaje paterno a través de una contradicción irreductible: para satisfacer

el deseo paterno, debe convertirse en lo que sus padres le enseñaron a detestar (De Gaulejac, Rodríguez Marquez y Taracena Ruiz, 2006: 71). La ruptura, el pasaje de la clase obrera a la burguesía, necesita de la adquisición de hábitos nuevos, de un nuevo lenguaje, de prácticas que introduzcan una distancia entre las maneras de hacer y de ser de los padres y de los hijos.

1.2. Algunas puntuaciones sobre el enfoque de la sociología clínica

Una primera puntuación que quisiéramos realizar refiere a la manera como aparecen las determinaciones entre lo individual y lo social. Si observamos con atención, el uso de la noción de individuo De Gaulejac la reserva para el aspecto "alienado" de la persona, es decir, para referirse a la vida de la persona en tanto determinada por lo social; mientras que para referirse a la función de historicidad prefiere la noción de sujeto. No obstante el acierto que supone el hecho de abogar por la dialéctica entre sujeto/historia –reconociendo al "individuo" en tanto producto y productor de la historia-, pensamos que resulta un riesgo teórico mantener la distinción individuo/sujeto, en tanto nos expone a reproducir en términos conceptuales el clásico dualismo individuo/sociedad. Por ejemplo, De Gaulejac nos recuerda que una de las reglas metodológicas de Emile Durkheim apuntaba a mantener como proyecto de la sociología el "comprender lo que determina las conductas humanas exteriormente y las representaciones que el individuo se hace de ellas" (De Gaulejac Rodríguez Marquez y Taracena Ruiz, 2006: 32). Consideramos que la idea de exterioridad de lo histórico-social respecto del individuo es uno de los límites para poder pensar, en forma dialéctica, los vínculos entre lo personal y lo colectivo, entre subjetividad y objetividad, etc. El hecho de que el sujeto no se encuentre en el origen de su vida, no significa que no lo constituya como tal, que lo social no sea parte de su mayor profundidad, de su interior. Es decir, que la sociedad pre-exista al individuo más bien significa que éste no se encuentra en ningún lado, su existencia es siempre un modo de ser social y cultural, de lo contrario no haríamos sino reproducir el equívoco dualismo entre mundo interior y realidad exterior. En definitiva, la distinción individuo/sujeto no parece sino contradecir una de las hipótesis inaugurales de la tradición teórica desde la cual nuestro autor intenta

pensar, el psicoanálisis y la noción de un sujeto profundamente *dividido* en su interior.

Relacionado con lo anterior, llama la atención la frecuencia con la que el autor hace referencia a lo social como determinante de lo individual, aunque no encontremos un debate sobre el concepto clave de determinación. En continuidad con la perspectiva durkheimiana, lo social en tanto pre-existencia (externalidad) respecto del individuo, lo obliga a actuar, lo coacciona en determinada dirección. De allí que el conflicto existencial en el que se debate el sujeto es el trabajo de su reconocimiento como producto de la historia y su lucha por retomar las riendas de su propio destino. Esto es, el trabajo de re-escritura que el sujeto efectúa a fin de cambiar la manera en que la historia actúa en él. Sin embargo, encontramos una escasa identificación de las instancias en y por las cuales el individuo, llegado el caso, podría apoyarse para recuperar su historicidad y constituirse en sujeto. Algunos de sus motivos, creemos, remiten a la referencia un tanto abstracta que hace acerca de esos determinantes sociales -"la historia", "el pasado"-, todo lo cual tiende a transmitir una imagen monolítica de los mismos y de sus funciones. En efecto, el trabajo de reescritura por el cual aboga no se sabe bien de dónde se sostiene, salvo sobre la idea de una capacidad del individuo tan inherente como abstracta de *irreductibilidad* psíquica del sujeto.

La segunda puntuación que queremos hacer, tiene que ver la marca que deja lo anterior en uno de los conceptos centrales de esta corriente: la *neurosis de clase*. Principalmente, la noción de clase social que supone. Aquí también llama la atención que no encontremos una problematización general del concepto, es decir, qué entiende el autor por "clase social". Algo que nos parece importante recordar es que, desde el punto de vista del pensamiento crítico, el análisis social no puede reducirse a reconocer los lugares en el orden social existente, sino que debe también poder historizarlos: ¿cuál es la dinámica social que configura la formación de las clases, cómo un sujeto deviene en obrero o burgués? Al respecto, consideramos que existen dos formas radicalmente opuestas de pensar teóricamente la clase, como ubicación estructural (clasificación, estratificación) o como una relación social (proceso histórico). Está claro que el pensamiento de Vincent De Gaulejac refiere a la primera de ellas, una idea "topológica" de la clase -según los "lugares" que se ocupa en la

sociedad. “La comprensión de la relación que cada individuo mantiene con su propia historia necesita de un análisis del sistema social en el cual se encuentra y del lugar que ahí ocupa” (De Gaulejac, Rodríguez Marquez y Taracena Ruiz, 2006: 85).

Ahora bien, este enfoque plantea ciertas dificultades conceptuales para dialectizar las relaciones entre subjetividad/objetividad, entre sujeto/historia, etc. La mirada topológica implica siempre alguna forma de “estratificación”, una jerarquía de estratos según distintos criterios: ingresos, consumo, ocupación, entre otros y ha pertenecido tradicionalmente al pensamiento de la sociología clásica, incluyendo a ciertos marxismos. Lo crucial es que ha sido ésta concepción la que, obligadamente, cae en *reduccionismos* de distinto tipo a la hora de analizar los determinantes histórico-sociales de los sujetos.

1. Debe proceder situando a cada individuo (de manera inequívoca y por completo) en alguno de los casilleros (grupos previamente especificados) contruidos según determinadas variables o factores.
2. Debe asegurar un rol o papel social a cada clase (habitus). Es decir, es incapaz de explicar las situaciones en las que prefigura una clase que no desempeña su papel previamente asignado. Así, el *desclasado* es aquel que “interiorizó los habitus no conformes a la posición objetiva que ocupa” (De Gaulejac, Rodríguez Marquez y Taracena Ruiz, 2006: 45).
3. Supone una concepción dualista entre sujeto y objeto, pues depende de nociones preexistentes de estructuras sociales, económicas y culturales de las cuales deriva el sujeto. El “sistema social” estructura la realidad y se impone objetivamente (en forma independiente) a sus protagonistas, considerando al ser humano como agente funcional o personificación de estructuras sociales presupuestas.

Por último, ese reduccionismo teórico también limita las posibilidades de pensar alternativas históricas y subjetivas. Recordemos, según el análisis que realiza De Gaulejac, la encrucijada frente a la cual queda inmovilizado el joven François. Debemos advertir que allí la tensión más bien queda reformulada en términos de una oposición dilemática, reduciendo el conflicto a una opción imposible entre adaptación o traición. ¿Cómo pensar desde ahí las condiciones que permitirían la transformación social, la apertura hacia la irrupción de lo nuevo? En relación especular al peso que

adquieren los determinantes sociales, encontramos otro reduccionismo concomitante: la individualización que sufre la lucha de clases. La modalidad que asume el antagonismo social, al menos en los casos analizados por el autor, refiere a un conflicto que tramita el sujeto en forma estrictamente "individual", esto es, no hay en ningún caso analizado una mención a la capacidad de socialización de esos conflictos, a la extensión de las expectativas del sujeto en un proyecto colectivo de transformación social. Es decir, algo que en algún momento se mostraba de dimensión social y origen colectivo (herencia generacional) tiende a convertirse en un asunto totalmente individual.

2. Experiencia, historia social y relato de vida

El campo de problemas abarcado por la propuesta teórico-metodológica de la Sociología Clínica exige hacer visible el haz de tensiones que supone la relación entre dimensión social e individual en los relatos de vida. Una de esas tensiones está configurada por la articulación entre la experiencia vivida y el modo en que esa experiencia vivida es reflexionada, significada y puesta en el orden del lenguaje.

En ese sentido, Vincent De Gaulejac plantea que es necesario distinguir dos dimensiones interrelacionadas dadas por las trayectorias sociales efectivas de los individuos y las representaciones individuales de la historia familiar y social. Esto sugiere la existencia de una dialéctica entre dos niveles diferenciados que se entrecruzan e implican en las narraciones autobiográficas: el itinerario vital de un sujeto condicionado por las relaciones sociales en las que transcurre su existencia y las reelaboraciones singulares que dicho sujeto es capaz de producir acerca de ese trayecto vital.

En esa línea, el autor considera que toda práctica humana individual es una actividad sintética, una totalización activa de todo el contexto social. Entonces, la actividad de narrar la propia historia, de producir el testimonio sobre la experiencia vivida constituye un hacer, que en tanto inserto en la praxis social, "se apropia de las relaciones sociales (las estructuras sociales), las interioriza y las transforma en estructuras psicológicas por su actividad de desestructuración-reestructuración" (De Gaulejac, Rodríguez Marquez y Taracena Ruiz, 2006: 22). Ciertamente, esta

afirmación de De Gaulejac, retomada de Franco Ferrarotti (1981) parece insistir en que el relato de una historia singular individualiza la historia social colectiva, de la cual es, a la vez, el producto y la expresión. Lo individual y lo social, lo universal y lo singular no sólo no se oponen sino que se re-asumen en un proceso dialéctico en constante movimiento.

Esa tensión aparece en los desarrollos teóricos de De Gaulejac como una constatación que le permite advertir en la aproximación biográfica una nueva posibilidad metodológica para las ciencias sociales. Las narraciones testimoniales se configuran desde esta perspectiva como una mediación que da cuenta de ese "inevitable choque histórico entre un proyecto y sus posibilidades estructurales" (Tognonato, 1999), habida cuenta de que en ese carácter reside su potencialidad para explicar la multiplicidad de articulaciones entre los agentes y el devenir histórico. La mirada de De Gaulejac posibilita advertir una concatenación de tensiones vinculadas a esa tensión fundante en la narración de una experiencia: la relación entre lo vivido y la producción de un discurso sobre eso vivido. La historia de vida, el discurso narrativo, entonces, consta de dos aspectos. Por una parte, designa una realidad factual, lo real-acontecido, eso que "realmente" pasó en el curso de la existencia de un individuo (o de un grupo), y por otra parte, el relato testimonial designa las representaciones y significaciones que él mismo y otros han producido sobre su historia/biografía por medio de sus relatos (De Gaulejac, Rodríguez Marquex y Taracena Ruiz, 2006). El primer aspecto, según el autor, es del dominio del análisis histórico y de la sociología y se relaciona con una tentativa de reconstrucción "objetiva" y de búsqueda de los determinismos, es decir, de los diferentes materiales a partir de los cuales una vida se construye. El segundo aspecto es del dominio del análisis clínico y responde a una intención de comprender, a partir del relato de lo vivido, la manera en que el individuo habita esa historia en el plano afectivo, emocional, cultural, familiar y social dentro de sus dimensiones conscientes e inconscientes. Los dos aspectos, asevera insistentemente De Gaulejac, están continuamente implicados (De Gaulejac, Rodríguez Marquex y Taracena Ruiz, 2006).

Esa elaboración teórica muestra uno de los presupuestos que atraviesan los desarrollos de la Sociología Clínica y que está dado por la idea de que el conjunto de tensiones que advierte entre individuo/sociedad, objetiva/subjetiva, pasado/presente

son “expresadas” por medio del discurso producido como relato de vida. Si bien el autor reconoce que las palabras no sólo dicen lo que pasó, sino que en ese hablar su historia el individuo la (re) descubre (De Gaulejac, Rodríguez Marquez y Taracena Ruiz, 2006) y las palabras “transforman esta realidad”, a lo que se refiere es al hecho de que la puesta en palabras de una experiencia supone una serie de operaciones psíquicas en las que intervienen el acto de recordar, de reconstruir la secuencia histórica, de organizar el relato de lo acontecido desde las significaciones que adquiere en el presente subjetivo y colectivo (De Gaulejac, Rodríguez Marquez y Taracena Ruiz, 2006: 30).

No obstante esta interesante observación, no hay otras advertencias sobre las contradicciones que comporta la inscripción de la experiencia en el orden del discurso, o bien, sobre las dificultades de pensar que los objetos reales y del pensamiento son figurados por los signos lingüísticos. De hecho resulta llamativo el escaso desarrollo de la cuestión del lenguaje en los textos de De Gaulejac, lo cual da cuenta de que en este punto, el complejo universo de tensiones en el que discurre su propuesta pareciera optar por una perspectiva dualista y desinteresarse de problematizar, o bien, esquivar un nudo teórico ineludible desde nuestro horizonte histórico-cultural. De este modo la propuesta de De Gaulejac desemboca, por defecto u omisión, en una concepción sobre el lenguaje cercana a la idea de que los enunciados constituyen un vehículo transparente por medio del cual el sujeto puede dar cuenta de lo real y de sus representaciones sobre lo real. El lenguaje se propone como un “tercer nivel” en relación, el de la expresión discursiva, y queda presentado como un territorio –el espacio de los discursos- en el cual los hechos transitados en un itinerario vital y las elaboraciones psicológicas de los sujetos sobre ese itinerario vital pueden ser representados. De manera que el señalamiento que se pretende realizar aquí pone la atención en aquello que De Gaulejac evita de teorizar, más que en las categorías que desarrolla. Con estas observaciones no se busca hacer una crítica sustentada por argumentos provenientes de algunas teorías agrupadas bajo la denominación “el giro lingüístico”, que en varias ocasiones terminan por resolver las contradicciones entre sujeto, sociedad y lenguaje suprimiendo la existencia de la realidad por fuera de los límites de lo decible y valorando lo simbólico como “la” variable explicativa. Más bien, lo que interesa aquí es poner en juego lo

imprescindible de asumir los riesgos teóricos que implica el trabajo sociológico con las historias de vida, un trabajo que supone considerar las complejidades de la experiencia histórica subjetiva y colectiva y de las relaciones entre la experiencia y la dialéctica siempre viva del lenguaje.

Un posible punto de partida está en recuperar las tensiones que identifica De Gaulejac y que habilitan a confrontar sus conceptualizaciones con otros/as teóricos/as que, al igual que nuestro autor, llevaron adelante la difícil tarea de pensar las articulaciones entre experiencia y relato. Desde la teoría feminista, Shari Stone-Mediatore ha señalado que experiencia y discurso no constituyen fenómenos que se corresponden, sino fenómenos que se moldean entre sí. Los sujetos re-interpretan sus historia, re-escriben sus experiencias en un contexto colectivo cuando las narran. Sin embargo el lenguaje con el que construyen sus historias de vida no es un elemento neutro, ahistórico, abstracto (Stone-Mediatore, 1999). Como han mostrado Mijail Bajtin y Valentin Voloshinov, la palabra es una arena de combate. El significado del signo está acuñado socialmente en el marco de la lucha de clases, ya que en cada enunciado conviven en conflicto valoraciones hegemónicas y subalternas en pugna por apropiarse del signo (Voloshinov, 1976; Bajtin, 1989).

En esta línea, también cabe problematizar “lo dicho/no dicho”, es decir, ese resto de experiencia que queda en silencio, que no accede a la palabra, que no es posible de ser articulado discursivamente, o bien, que es organizado discursivamente en contradicción, balbuceando, violentando las posibilidades del lenguaje, irrumpiendo/atrayendo los umbrales de lo que es admisible de ser verbalizado y escuchado. Angenot (2010), cuyas teorizaciones son deudoras de Bajtin, se ocupa de los límites de lo pensable y lo decible en lo que categoriza como el discurso social, que comprende todo aquello que se dice o se escribe en una sociedad y momento determinados, en otras palabras, aquello que es susceptible de ser enunciado en una sociedad particular. En esta línea de sentidos, el discurso social implica una mirada totalizadora de un complejo entramado de voces que dan cuenta de “lo enunciable y lo decible” en una instancia específica de la historia. A su vez, esa aceptabilidad generalizada en las producciones discursivas de una sociedad dada supone la existencia de cierto orden hegemónico como regulador básico del discurso social, aunque ese orden no sea exclusivamente discursivo, sino que se relacione

íntimamente con “los sistemas de dominación política y explotación económica que caracterizan una formación social” (Angenot, 2010: 29). Respecto de esto, resulta productivo repensar los aportes de Giorgio Agamben, quien recupera la noción foucaultiana de “archivo” planteando la relación entre lo decible, lo dicho y lo no dicho en cada acto de palabra. En este sentido, en oposición al archivo, Agamben sitúa al testimonio y lo conceptualiza como una puesta en discurso de una experiencia que cabalga en el límite, en la tensión entre lo que puede ser puesto en palabras y lo que no. El testimonio se organiza en tensión, en los umbrales, empujando los límites de un lenguaje sujeto a las posibilidades y los modos de decir que son factibles en un momento histórico determinado (Agamben, 2002). La experiencia subjetiva/colectiva no puede reducirse a producción discursiva, pero tampoco puede pensarse sin abordar los intrincados y dialécticos vínculos entre lo vivido, lo recordado, lo narrado.

Reflexión final

El proyecto de la sociología clínica supone una serie de transformaciones sociales que distingue a las sociedades contemporáneas respecto de las sociedades tradicionales. Estamos frente a sociedades donde la tendencia es a una mayor movilidad social o desplazamiento de los individuos respecto de sus lugares, de allí que de lo que se trate es de atender a los efectos psicológicos de esos procesos, a través del análisis de los conflictos de identidad que expresan las personas en promoción o regresión social: “Todo individuo que cambia de clase social vive un conflicto entre su identidad heredada (identidad de origen que le confiere su medio familiar) y su identidad adquirida (la que va construyendo en el transcurso de su trayectoria) (De Gaulejac, 2013: 17).

De allí el esfuerzo de esta propuesta por introducir una mirada transdisciplinaria en el cruce entre sociología, psicoanálisis y existencialismo -según el propio autor-, dedicada a comprender la imbricación compleja entre individuo y sociedad. Un modo de aproximación a lo humano que atiende a una dialéctica entre el sujeto como producto sociohistórico y como productor de la historia. Los conflictos vinculados a lo que el autor llama neurosis de clase, se revelan una articulación

compleja entre la trayectoria vital del individuo, su novela familiar y la historia social. En efecto, dicho enfoque permite cuestionar la insistente fragmentación de la totalidad social que se ha tendido a imponer desde los determinismos historicistas y las explicaciones psicologistas.

No obstante este reconocimiento se han realizado algunos señalamientos a propósito de cuestiones, que a nuestro juicio, resultan claves para establecer criterios de análisis de las historias de vida, o dicho de otro modo, para abordar la dialéctica entre lo objetivo y lo subjetivo; lo individual y lo colectivo; lo experiencia y el lenguaje. Vincent de Gaulejac ha reconocido algunas de esas dificultades. "Aunque el término neurosis de clase sea criticable teóricamente, permite caracterizar un cuadro clínico que describe la sintomatología de los individuos que cambian de posición en la estructura de clases" (De Gaulejac, 2013: 18). La respuesta del autor en el prólogo de su principal libro, *Neurosis de clase*, indica que aunque el término pareciera ambiguo y discutible, resulta profundamente evocador para quienes se ven involucrados en ese tipo de conflictos: "elijo de este modo priorizar el reconocimiento intuitivo en detrimento del rigor científico. Su alcance existencial compensa ampliamente, desde mi punto de vista, sus debilidades conceptuales".

Referencias bibliográficas

- Agamben, Giorgio (2002 [1998]) *Quel che resta di Auschwitz. L'archivio e il testimone*. Homo sacer III, Torino, Bollatti Boringhieri
- Angenot, M. (2010) *El discurso social. Los límites de lo pensable y lo decible*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Bajtín, Mijail (1989). *Teoría y estética de la novela*. Madrid: Taurus.
- De Gaulejac, Vincent (2002). Lo irreductible social y lo irreductible psíquico. En *Perfiles Latinoamericanos*, N° 21, 49-71.
- De Gaulejac, Vincent (2013), *Neurosis de clase. Trayectoria social y conflictos de identidad*. Buenos Aires: Del nuevo extremo.
- De Gaulejac, Vincent, Rodríguez Marquez, Susana y Taracena Ruiz, Elvia (2006), *Historia de vida. Psicoanálisis y Sociología clínica*. México: Universidad Autónoma de Querétaro.

- Ferrarotti, Franco (1981). *Storia e storie di vita*. Roma-Bari: Laterza.
- Sarlo, Beatriz (2005). *Tiempo pasado. Cultura de la memoria y giro subjetivo*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores.
- Stone-Mediatore, Shari (1999). Chandra Mohanty y la revalorización de la experiencia. En *Hiparquía*, Vol 10 N°1, 85-109.
- Taracena Ruiz, Elvia (2010). La sociología clínica. Una propuesta de trabajo que interroga las barreras disciplinarias. En *Veredas*, número especial, Año 11, 53-86.
- Tognonato, Claudio (1990). Prefacio, 7-10. En Ferrarotti, Franco, *La historia y lo cotidiano*. Buenos Aires: CEAL.
- Voloshinov, Valentin (1976). *El signo ideológico y la filosofía del lenguaje*. Buenos Aires: Nueva Visión.